

poder civil. La victoria de la Iglesia fué, sin embargo, más brillante. Edificó sobre los principios del cristianismo una ciencia nueva, se apoderó de la cultura pagana para transfigurarla, abatió la falsa sabiduría con sus Concilios generales y con la pluma de sus grandes doctores, persiguió, en fin, hasta sus últimas trincheras á las herejías, que tantas veces sirvieron de obstáculo á su marcha, y que produjeron los más terribles combates.

Todos los esfuerzos de la ciencia y del arte, todos los elementos del culto, del ascetismo y de la disciplina que hemos visto en el período precedente, no sólo se conservan sino que despliegan toda su riqueza. La constitucion eclesiástica se robustece en el exterior á pesar de los asaltos que le dirige la ambicion humana. Los Príncipes de la Iglesia ganan en influencia y se aprovechan de ella para favorecer los progresos de la libertad general en el seno del despotismo, y los de la moral en el seno de la barbarie. El poder de la Iglesia se extiende mucho más allá que el de los emperadores romanos, y sobrevive á la caída del Imperio de Occidente, así como á la inundacion de los pueblos bárbaros, cuyos efectos modera.

La Iglesia ejerce esta influencia regeneradora sobre las naciones mismas que viven más allá de las fronteras del antiguo Imperio romano; se acomoda á las instituciones de todos los pueblos, á sus costumbres, á sus leyes, y sólo rechaza lo que contradice á la ley de Dios<sup>1</sup>.

Mientras que en su gloriosa carrera se desenvuelve así la Iglesia interior y exteriormente, se ve debilitada y detenida por la apostasia de provincias enteras que se apartan de su unidad, y por las conquistas del islamismo en Oriente. El teatro de los acontecimientos importantes se muda de día en día, y pasa de Oriente á Occidente. En Oriente está la servidumbre y el estancamiento; en Occidente desenvuélvese entretanto la libertad, la energía vital con magnificencia siempre nueva. La fuerza de las cosas proporciona á la Santa Sede un poder exterior en relacion con su destino universal y su vocacion sublime.

<sup>1</sup> Aug., *De Civ. Dei*, XIX, xviii.

## CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA EXTERIOR DE LA IGLESIA.—SU VICTORIA EN EL IMPERIO ROMANO Y SU PROPAGACION AL EXTERIOR.

§ 1. La Iglesia bajo los emperadores paganos. — Caída del paganismo. Constantino y sus hijos.

Constantino el Grande.

1. Constantino, educado en el paganismo, era probablemente dado al neoplatonismo y al culto de Apolo. Favorable desde luego á los cristianos, por consecuencia de las impresiones que había recibido al contemplar su firmeza, fué fortalecido en estos sentimientos por su piadosa madre Santa Elena. No solamente no miraba al cristianismo como una amenaza contra su autoridad, sino que comprendía también la imposibilidad de extirparlo, y esperaba encontrar en él recursos que le ayudasen eficazmente á ejecutar sus planes y robustecer sobre nuevas bases el imperio careomido y vacilante. A medida que observaba los ventajosos efectos de sus primeros edictos, y se familiarizaba con los cristianos, especialmente con los Obispos, mostrábase más inclinado hácia la nueva religion. Había comenzado por ponerla en las mismas condiciones legales que al paganismo, y bien pronto pensó en hacerla religion del Estado. Procedió desde luego con extrema cautela, y creyó oportuno el no romper por entónces de frente con el paganismo. Conservó, aunque no fuese más que por ejercer su inspeccion sobre el sacerdocio pagano, el título de gran Pontífice (*Pontifex maximus*); observó tambien ciertos usos del paganismo, otorgando al mismo tiempo á los cristianos numerosos favores, y manifestando claramente su predileccion hácia ellos.

En Oriente, por el contrario, Licinio ponía toda su confianza en los paganos, y extremaba las vejaciones contra los fieles; separábalos de los cargos públicos; limitaba el ejercicio de su culto, y hasta los hacía perseguir abiertamente. La lucha que estalló entre los dos soberanos, fué una verdadera guerra de religion. Licinio, que era dado á la magia, y se hacía prometer la victoria por los oráculos, tenía enfrente de sí á Constantino, que llevaba el signo de Cristo en sus estandartes, é iba rodeado de Obispos al campo de batalla: de él aguardaban su libertad los cristianos orientales. Esta vez tambien, ó sea en 323, Constantino venció cerca de Bizancio; un año despues, Licinio perdía al mismo tiempo el